

EL BELLO SEXO.

SEMANARIO CIENTÍFICO-LITERARIO

DEDICADO Á LA MUJER,

Y DEFENSOR DE LOS INTERESES DE LA FAMILIA.

PRECIO DE SUSCRICION.

En Alicante, 0'50 pesetas al mes.
Fuera de la capital, 1'50 trimestre.—Pago anticipado.—Anuncios á precios convencionales.

PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ BERNABEU GONZALEZ.

PUNTO DE SUSCRICION.

En la Administracion y Redaccion, calle de San Pascual, 12, donde se dirigirá toda la correspondencia. No se devuelven los originales.

INTERESANTE.

En el establecimiento de tejidos de don Felix Sanchez Rubio (sucesor de Itier) calle Mayor, existe un objeto conteniendo cierta cantidad, que hace tres meses se dejó olvidado.

La persona á quien pertenezca puede pasar á dicha casa, y dando las señas correspondientes, se le entregará.

EL BELLO SEXO.

Sábado 30 de Setiembre de 1882.

INFLUENCIA DE LA POESÍA

en la civilizacion y en las costumbres.

ARTÍCULO CIENTÍFICO-LITERARIO.

(Conclusion.)

Ultimamente, la rima del canto y la del verso, sea que esta última dependa de la medida de las sílabas, sea que no está fundada sino sobre su número, ó bien consista en la repeticion periódica de los mismos sonidos articulados, hace en uno y otro más distintas las percepciones del oído y más fácil su recuerdo.

Estos son los efectos del arte por Toelascia; de ese arte que se sirve de la palabra de manera que produzca ilusion en nuestra fantasia: de hacer, lo que el pintor con los colores, el músico con los sonidos, el escultor con relieves y el orador con la prosa; de ese arte que abarca la belleza real creada y la real increada.

Y ahora bien: ¿qué nacion, qué pueblo ha habido que no deba á la poesía las primeras nociones de moral, de legislacion y de historia? ninguno á nuestro parecer; sino díganlo Radamanto y Minos, Tháles y Licurgo, que, bajo el artificio de un verso hicieron recibir á los cretenses y espartanos sus preceptos y sus leyes; díganlo los bardos de los celtas, los escaldos de los escitas, los druidas de los galos y bretones: entre los cuales habia una clase con el nombre de vates (adivinos); y si volvemos la vista á Europa y damos creencia á Estrabon, los antiguos turdelanos tenian sus leyes en verso y poesías de asombrosa antigüedad; y si, traspassando la Europa nos fijamos por un solo instante en el Asia, ahí encontramos el Zend-Averta y Schah-Namech de los persas y el Ramazana y el Maha-Carata y tantísimos otros que nos demuestran evidentemente una civilizacion que fué y una civilizacion que es; y si nuestra vista la fijamos en la cuna del saber humano, en Grecia, ahí encontramos al poeta entre los poetas—al negado por Otf Wolff, rebatida y calificada que ha sido por Mulla de grosera y mecánica—al célebre Homero, que los efectos que produjo en la civilizacion harto conocidos son de todos; ahí tambien... ¿pero, á qué cansar?... si

hasta el Dios del Sinaí y del Horeb—segun el profundo Silvela—empleó la magia de la poesia para conducir y gobernar su pueblo.

Si importantes son los efectos que la flor del sentimiento, del individualismo, de la lengua, del origen, de los recuerdos y de las esperanzas (Herder) produce en la civilizacion, no lo es ménos, cuando se fija en las costumbres.

Fijémonos, al efecto, en los diferentes géneros de la poesia y ellos mismos nos demostrarán la enseñanza y utilidad que nos reportan; porque, ya en fábula, ya en sátira, ya festiva ó ligera, Wolmi-Kiuiana ó Trogica, nos enseñan de una manera indirecta las primeras nociones de moral y de virtud; la cual retratándola los poetas de las costumbres nos la demuestran palpablemente; pero dicho se está, que hay muchos que en lugar de hacer brillar en sus obras la más fina moral y recatada virtud, no hacen mas que pintar el libertinaje y la corrupcion humana en todos sentidos: ya refinando nuestra sensibilidad nos abre anchísimo campo al amor—que si alguna cosa tiene de malo—como ha dicho el ya indicado Silvela—no es ciertamente lo que tiene de poético, ya tambien llevando á transcendencia y superioridad la idea de Dios, canta su perfeccion, su bondad y gracia: en una palabra, es la poesía una necesidad del alma humana y medio más seguro que la misma historia para conocer y apreciar la vida y costumbres de las civilizaciones que fueron y que son; pues ella «la alza de sus más gloriosas tumbas, y viva, enaltecida y sublimada, palpitante de fé, trémula aún de entusiasmo, la labra, esculpe y pinta con el material invisible de la palabra, en el espacio que han de habitar las generaciones futuras, que á su vez vendrán á añadir nuevos grupos, nuevos cuadros, á esa inmensa creacion espiritual que de continuo hiere los ojos y exalta la fantasia de cuantos conocen aquellas lenguas que sirve de materia eterna á la creacion de los siglos.» (1)

Concluiremos, diciendo con Foscolo, que las musas, animadoras del pensamiento mortal, tienen la custodia de los sepulcros; y cuando el tiempo con sus frias alas despedaza hasta las ruinas, las Pemples alegran con sus cantos los sepulcros y la armonía vence el silencio de mil siglos.

V. LOPEZ BELTRAN.

DELIRIOS DE UNA LOCA.

LEYENDA FANTÁSTICA.

(Continuacion.)

Señora, no os afijais tanto porque esa fermentada jóven os abandone,—dijo la Hipocresía con meloso acento—si gus-

(1) F. de P. Canalejas. Discursos sobre la Poesía Ética.

tais, yo ocuparé su lugar, y de seguro que os serviré con más solicitud que ella.

—Aparta, la dije—tu voz y tu sonrisa me causa más repugnancia que los dardos de la envidia.

—Dardos que están á vuestra disposicion, si me aceptais por doncella,—dijo la aludida saliendo del grupo y acercándose á mí—ya vereis cuán bien os sirvo, pues yo lo mismo moro en el más suntuoso palacio que en la más humilde choza, soy señora en el estrado y criada en la cocina.

—Dejadme, perversas, salid de aquí al instante, nada quiero con vosotras—las repliqué en un arranque de valor que sentí en aquel momento.

—Ingrata, desagradecida; no mereces que por tí velemos—esclamaron á coro aquellas malditas sombras, estrechando más el círculo en que me encerraban.

Como por encanto crecía en mí cierta energía de que hasta entonces habia carecido, y en vez de bajar la vista y escuchar con resignacion sus injuriosas palabras, levanté la cabeza con arrogancia, y contesté con dignidad á sus insultos y groserías; y aunque mi alma gemía, como impulsada por un torbellino, me revolvía con presteza entre aquella turba de pérfidos seres, defendiéndome con valentía del rudo ataque que contra mí emprendieron.

De repente vi á mi lado á una arrogante matrona. Las sombras la miraron con temor, y huyeron precipitadamente.

Aquella mujer vestía una riquísima túnica de terciopelo de vivísimo color rojo: su negra cabellera, larga, y magnífica, caía sobre sus anchas espaldas en desordenados rizos; aunque de ojos hermosos y un tanto espresivos, se notaba en su mirada cierto extravío, y en sus labios, de vivo carmin, vagaba una sonrisa indefinible.

—Muy bien, Lambra, muy bien—me dijo estrechando mi mano—te felicito por tu valor.

—Gracias, señora—la contesté—pero quién sois?

—¡Pobre niña! ¿qué no me conoces? soy la Razon, y vengo á defenderte y hacerte comprender todos tus derechos.

—¡Ah! la Razon!—esclamé con alegría—¿Y por qué no me habeis auxiliado antes, señora?

—Porque me impedia entrar en esta casa, esa veleidosa muchacha que te ha servido hasta hace poco.

—Mi Esperanza?

—Sí.... tu Esperanza.

—¡Oh! no la maltrateis ¡és tan buena!

—Buena, y te abandona?

—Las circunstancias....

—No, su falsedad; es liviana y coqueta, sonríe á todos, promete mucho y no cumple nada. Bastantes son los que la siguen; hace como que se deja cojer, pero cuando creen alcanzarla, escapa veloz, burlando así á quien en ella confía; ¡y á pesar de esto hay muchos que continúan amándola hasta la tumba, salvo algunos, que mas cuerdos, escuchan mis consejos!

—¡Oh, senora! aconsejadme pues, ¿qué debo hacer?

—En primer lugar, no escuchar las palabras de la Resignacion.

—¿Qué es lo que decís? que no escuche á la buena señora, á quien me presentó mi padre, ¿que no preste oído á sus dulces palabras que mitigan mis pesares?...

—Tu padre era un pobre diablo seducido por esa pusilánime mujer. ¿Crees tu que es virtud dejarse avasallar por los malos? no, es cobardía, es pobreza de espíritu, que á su modo, da valor para sufrir los infortunios, sin esponer queja alguna, sin exhalar un suspiro siquiera. La verdadera virtud, debe empuñar la vara de la justicia, y combatir con todas sus fuerzas, para evitar ó atenuar al menos, las fatales consecuencias de ciertos infortunios en que á veces se ve envuelta la pobre humanidad. La Resignacion es buena, en aquellos casos en que el mal no tiene remedio: entonces, al consolar al triste, cumple con su deber.

—Eso es justamente lo que hace conmigo—reliqué á la estraña dama—porque ¿puedo yo acaso luchar con mi destino? Sí mi esposo tiene dos almas....

—Dos almas—dijo aquella señora, en son de burla, y lanzando una estrepitosa carcajada, cuyo eco llegó hasta el fondo de mi corazón,—y has creído tal absurdo, pobre mujer? no comprendes que eso es imposible? ¡Ah! no en balde eres víctima de tu martirio, por crédula é ignorante; pero afortunadamente estoy yo aquí para hacerte comprender la verdad de todo.

Esa mujer, á quien tu crees el alma mala, es hermana de Anatolio, nacida de una falta de su madre, falta, que ambos ocultan perfectamente con la fábula de las dos almas.

—Y es posible que mi esposo me haya engañado? Por qué me oculta la verdad?

—Te ha engañado y te engaña, por cubrir mejor el honor de su madre, y para obligarte mas á que sufras continuamente á tu implacable enemiga; porque has de saber, querida amiga, que la hermana de tu esposo, te aborrece de muerte al verte dueña de Anatolio, á quien ama con toda su alma.

—¡Ah! si eso es cierto—dije—con mi cariño conseguiré que Anatolio me separe de esa infame mujer, que tanto me atormenta.

—Ya es tarde—me replicó la Razon—recien casada lo hubieras conseguido; pero ahora que van trascurridos algunos años, que has cedido á otra mujer el lugar que te correspondia en tu casa; cuando te has rebajado hasta convertirme en su esclava, gracias á esa Resignacion que tan bien te aconseja, ahora quieres imponer condiciones? ¡Pobre Lambral! mírate á ese espejo, y verás que las canas empiezan á poblar tu cabeza; reflexiona que esa nieve que blanquea tus cabellos, enfriará el cariño de Anatolio para contigo.

—¡Oh! nó—le contesté celosa—mi esposo me ama, y estoy segura que me amará siempre.

—¿Qué te ama has dicho? cuán equivocada estás; nunca te amó: y si se unió á tí, solo fué por darle gusto á su muy querido amigo....

—Señora, yo no puedo creer vuestras palabras, son tan crueles que me desgarran el alma. Que mi esposo no me ama, ¡imposible! que se unió á mí por darle gusto á un su amigo ¿qué interés tenia en ello ese feliz mortal que así dispone de la voluntad de Anatolio? Quién es, decidmelo.

—Tú le conoces—me contestó la dama sonriendo—siempre le acompaña; es un imberbe jovencillo, bonito, gracioso, travieso y jugueton, que lo desea todo para despreciarlo luego; se llama el Capricho.

—Ah sí, sí, le conozco.... ya no me cabe duda, sois la Razon, y con vuestras palabras me haceis mas desdichada de lo que era.

—No creas tal, vengo á defenderte, á confundir á tus enemigos, y á colocarte en el lugar que te corresponde.

—¿Pues no habeis dicho que ya es tarde?—le objeté con angustioso acento.

—Lo es para los medios que tu querías emplear; pero para los que yo te propondré, no.

—¡Oh! decidmelos por favor.

—Ahora no me es posible; harto hemos hablado, y he de retirarme: confía en mí, y no escuches á la Resignacion, que yo volveré, y te informaré de cómo has de obrar, para conseguir el objeto deseado.

Y aquella estraña señora desapareció; pero sus palabras quedaron impresas en mi mente con caracteres de fuego, y mi corazón acibarado por la amargura de su recuerdo.

(Se concluirá.)

AVENTURAS DE UNA DOBLA.

I.

Cuando desde el oscuro rincon en que con no pocas de mis hermanas aguardo con temor el momento en que mi actual propietario tenga el capricho de interrumpir nuevamente el descanso de que hoy disfruto, recuerdo las buenas obras de que he sido instrumento, me siento orgullosa de mí misma; mas cuando considero las infamias á que he prestado involuntario concurso, no puedo menos de avergonzarme y de experimentar vivos remordimientos. Larga es la serie de unas y otras, y esto me obliga á no referiros sino aquellas que mayor impresion me han causado durante mi existencia, en forma de moneda.

II.

La Australia es mi patria. Allá lejos, en medio de la soledad imponente del inmenso Occéano, dilátase aquel hermoso continente. Sus vírgenes bosques y sus caudalosos torrentes, sus fértiles valles y sus áridas llanuras, no habian caído todavía bajo el dominio del civilizador, pero ambicioso Europeo. La planta de éste, no se habia asentado aun sobre aquel suelo, bajo el cual, dormia yo, en mi estado nativo, el sueño tranquilo y feliz de la ignorancia. Entonces no sabia yo todavía medir el tiempo, ni tenia la nocion de éste; no puedo por lo tanto decirlos la duracion de aquel modo de ser primitivo y venturoso. Solo sé, que entonces no padecía, y que despues he sufrido mucho.

III.

Un dia, senti estremecerse la roca que me habia servido de cuna, y un fuerte estrépito, cuya causa no acertaba á comprender, me advirtió que algun peligro me amenazaba.

Poco despues, senti un rudo golpe, como si sobre mí hubieran descargado algo cortante y contundente á un mismo tiempo. Cuando volví en mí, hallábame amontonada con otros pedazos de oro tambien, y con algunos pedruscos sin valor, á los pies de un hombre alto y fornido, que con estraviada mirada nos contemplaba. Entonces pude observar por vez primera, que el cielo de mi patria era azul y trasparente, su sol espléndido, su vegetacion exuberante, y que el hombre lleva grabadas en su mirada, y por lo tanto en su alma, la avaricia y las malas pasiones. Aquel á cuyos pies estábamos, y que despues supe que era un

minero, un buscador de oro, nos cogió sucesivamente y nos examinó con atencion. Despues abrió un saco, que á su lado habia, nos depositó en él, lo cerró y ató cuidadosamente, y recogiendo sus útiles, emprendió una larga y penosa marcha, durante la que el sol se sumergió muchas veces en el mar, y apareció otras tantas por detrás de la azulada y lejána cordillera. Por fin, se detuvo al llegar á una gran ciudad, que mas tarde supe que se llamaba Melbouone.

MIMI.

(Se continuará.)

Una señora española, jóven, rica y de notable hermosura, acaba de ser detenida por la policia portuguesa en Viana del Castillo cuando, dando manifiestas señales de escitacion nerviosa y presa de aguda fiebre, iba á arrojarse al mar.

El caso despertó en la ciudad vivísimo interés. Un periódico local, *La Aurora de Lima*, ha publicado algunos pormenores del hecho que dió lugar á aquella tentativa de suicidio, con referencia á autorizados informes. Con ello zurciremos á la ligera la historia de lo ocurrido, aunque reservando los nombres de los personajes de este drama, en que el amor, la engañosa y provocativa esfinge, atrae, seduce y desgarrá con sus uñas de leon.

Un militar español, que habia servido bastantes años en Cuba, contrajo allí matrimonio con una señora jóven, linda y muy rica. Durante el tiempo en que vivian los dos en santa paz, la gentil española entró en relaciones con Mr. Dorier, jóven francés, comisionista ó viajante, y todo permaneció en secreto hasta que por delacion de un criado, se enteró del caso el marido,

La esposa fué interpelada con energía, y el pundonoroso militar propuso un duelo al francés; pero éste arreglando como pudo sus asuntos, se embarcó furtivamente para España, huyendo la natural venganza del marido. No bien llegó á Santander el valiente, escribió á una persona amiga de su amada, para que la indujera á huir de su casa y reunirse con él en la Península. La adúltera accedió á su deseo, aprovechando una corta ausencia del militar, que habia salido á una inspeccion por orden del capitán general: fletó un buque mercante para España, por más que sufriera en la travesía toda clase de apuros y molestias; trajo consigo una cantidad considerable de dinero, y alhajas por valor de diez mil duros, y al fin llegó á Santander, donde se reunió con su amante y le hizo entrega de todo.

Dorier, á quien el susto que le dió el marido no le salia del cuerpo, y sabedor de que éste se habia embarcado tambien para España en busca de su esposa, la indujo á trasladarse á Portugal, donde se juzgaba al abrigo de toda persecucion, y para no inspirar la más mínima sospecha, resolvió marchar él primero á Viana y ella despues, volviendo á reunirse en breve en cierta fonda de aquella ciudad portuguesa, cuyas señas dejó con lápiz escritas en una tarjeta.

Asi se hizo todo. El se trasladó á Viana dejando á la distinguida señora el dinero estrictamente preciso para el viaje, y ella, trascurridos algunos dias, llegó tambien, en alas del amor, á la misma fonda. Esto fué el 1.º de este mes, ¡fecha aciaga y memorable para la infeliz amante! ¿Cuál no seria su asombro, su dolor, su indignacion y despecho, al verse abandonada. El francés no estaba en la fonda, y solo halló una carta del mismo en estos términos concebida: «que era ya tiempo de poner un término á la aventura, que partía para muy léjos, que sería inútil que le buscara y que *volviera á reunirse con su marido.*»

Este último consejo, inspirado al fin y al cabo en un fondo de moral, costó á la hermosa infortunada, no solamente la pérdida de todos sus valores, que el seductor se llevó consigo, dejándola completamente sin recurso alguno, en un país extranjero, sino la desesperacion extrema que la indujo á acabar con sus amargos dias. La infeliz prorumpió en desconsolado llanto al ver la ingratitud é infamia de su amante y salió á la calle acto continuo.

Dos agentes de policia, que observaron en la calle su agitacion, sus movimientos febriles, su angustia mortal y la extraordinaria expresion de sus ojos, la siguieron á una prudente distancia; vieron que se dirigia resuelta al mar, y en la misma orilla, en el instante de arrojarla al abismo, la detuvieron para trasladarla á España despues que se restableciera de la violenta crisis nerviosa que sufría.

En una fiesta de Beneficencia organizada en Viena, se improvisó un doble concurso de belleza para hombres y mujeres.

El premio de éstas lo alcanzó madama Libussa Loin, que obtuvo una gran mayoría, 324 votos. En este concurso solo tuvieron voto los hombres, del mismo modo que en el de estos solo las señoras podian decidir.

Pero ocurrió una cosa singularísima; los candidatos masculinos obtuvieron un voto cada uno, escepto un privilegiado que reunió cuatro, distincion que le perjudicó notablemente, pues en tanto que los demás, al terminarse la fiesta ofrecieron alegremente el brazo á su electora, él tuvo que retirarse con las manos en los bolsillos, agobiado bajo el peso de su triunfo.

Los nombres de las poetisas premiadas

en el certámen abierto por la junta de Alba de Tormes, son los siguientes:

Premio de la universidad.—Doña Josefa Estévez de García del Canto.

Idem del cabildo catedral de Salamanca.—Doña Joaquina Garcia Balmaseda.

Idem del duque de Alba.—Doña Purificacion Camelia Cosiña Llansó.

Idem del ayuntamiento de Alba.—Doña Victoria Peña de Amer.

Idem de D. José García de Solís, diputado á Córtes.—Doña Francisca Sarasate de Mena.

Idem de D. Francisco Santos Hernandez, industrial madrileño, natural de Alba.—Doña Teresa de Guzman.

RECUERDOS.

¡La quieral es indudable, bella, discreta y amable fué mi primera pasion; me olvidó; no es admirable, así las mujeres son.

¿Por qué la quise? por qué? á la verdad no lo sé, sin pensar en ello un dia queriéndola me encontré, y me encuentro todavía.

Al principio sin hablar, limitábame á mirar, así me encontraba bien, hasta que hube de notar que me miraba tambien.

Este fué apuro y no flojo, mas que una amapola rojo y haciendo el desentendido, pasé con el cuello erguido, mirándola de reojo.

Desde la ocasion aquella y ocultando mi querella al amor *contrabandista*, siempre á hurtadillas de ella saciaba en su faz mi vista.

No diré lo que quizás tal proceder bien arguye,

pues por nefas ó por fas siempre que un amante huye, es cuando se acerca más.

Al fin juré sus banderas levantando entre los dos un altar á mis quimeras, pues testifico ante Dios, que la quería de veras.

Mas ¡ay! del amor las flores á las del jardín parecen, hoy brillo, aroma y colores, mañana los vientos mecen tallos desconsoladores.

El capullo virginal de los ojos maravilla y corona del rosal, es hoy en seco zarzal triste boton de semilla.

No me apuro ni me apeno, que yo por una mujer no doy mi brazo á torcer, no, señores, fuera bueno, ¿qué mas quisiera ella ver?

Pero así de vez en cuando hago como que me ablando, y entre bromas y entre veras me distraigo recordando mis infantiles quimeras.

¡Ah! no es que cobarde cedo ante peligrosa liza, ¿quién sin cauteloso miedo se atreve á clavar el dedo en un monton de ceniza?

J. SUCH Y SIERRA.

Setiembre, 1882.

Con sumo gusto damos á conocer á nuestras amables suscriptoras, seguros de que nos lo agradecerán, la bellísima poesia que á continuacion insertamos, tomada del último número de *La Ilustracion Española y Americana*.

DUDAS DE AMOR.

I.

Entre mi amor que es mi aliento
Y un rico aliento de amor,

Tan luego se fué Martín, la marquesa puso

— 178 —
seguridad me decia—si cumples mis órdenes, Adriana será tuya.—Estoy admirado; yo, dudando, le replicaba—señora, no querrá, la co- nozco bien; si hacemos lo que usted dice, la pierdo para siempre—y ella sonriéndose me decia:—Yo te lo aseguro, Martín, querrá, y será tuya y muy tuya, te lo repito.—Cá, si esas señoras son el mismo diablo, saben tanto, que con su talento hacen lo que quieren; aunque bien mirado, Adriana siempre me ha demostrado cariño; pero como ese maldito señorito se habia puesto de por medio, y con sus pinturas y papeletos tenia embancada á la chica, casi me la quita: gracias á la señora, puedo decir, que ese mequetrefe, con ser hombre de letras y saber tanto, se queda sin Adriana. Nada, nada, no hay que dejarlo de la mano, á casarnos, á curar á mi esposa, y á vivir despues tranquilo y feliz con ella; y ese señorito que se muera de rabia.

en conocimiento de Marcelino la resolucio de Adriana.

—Señora, estais segura de ello?—la dijo el anciano con muestras de dudosa alegría.

—Si, buen Marcelino; ha pasado delante de mí—le contestó Clotilde.

—Pero qué diablo se le habia metido en la cabeza á esa muchacha, para despreciar al chico, despues de lo ocurrido, y no querer casarse con él? Esto me ha tenido siempre muy pensativo,—dijo el buen viejo.

—Pues poco tiene que estudiar la cosa para comprenderlo enseguida.—contestó con gran naturalidad la marquesa.—Aunque una mujer cometa una falta, nunca quiere aparecer como rec ante los demás, y de aquí que Adriana, hubiera querido, que al acudir nosotros y ver en su habitacion á Martín, éste se declarara él solo culpable, aunque no lo hubiésemos creído; pero como es un pobre rústico que no sabe más, ya recordareis lo que pasó; y como

— 182 —
—Señorito, por favor, que nadie sepa que he venido aquí; tome usted esta carta, y adios.
Y la muchacha, desapareció ligera como un corzo.
—¡Dios mio, de ollal—dijo el jóven mirando el sobre; y abriendo la carta con precipitacion, leyó: «Horacio: os suplico que esta noche á las ocho, os presentéis en los salones de la marquesa, y observéis con suma atencion todo cuanto suceda, se hable y se comente.—Estoy segura que se reivindicará ante vos una honra de la cual dudais.—Que nadie sepa que os dirijo esta carta. Es la postrema suplica de la desgraciada Adriana.»
—Que se reivindicará su honra—replicó el artista.—¡Oh! sí, Adriana mia ¡cuánto lo

— 183 —
xima cordillera de elevadas montañas. El artista, se hallaba á la puerta de su casa contemplando tan magnífico panorama, cuando vio á Marieta que se le acercó, y le dijo:
—Señorito, por favor, que nadie sepa que he venido aquí; tome usted esta carta, y adios.
Y la muchacha, desapareció ligera como un corzo.

— 184 —
—Pero qué diablo se le habia metido en la cabeza á esa muchacha, para despreciar al chico, despues de lo ocurrido, y no querer casarse con él? Esto me ha tenido siempre muy pensativo,—dijo el buen viejo.

—Pues poco tiene que estudiar la cosa para comprenderlo enseguida.—contestó con gran naturalidad la marquesa.—Aunque una mujer cometa una falta, nunca quiere aparecer como rec ante los demás, y de aquí que Adriana, hubiera querido, que al acudir nosotros y ver en su habitacion á Martín, éste se declarara él solo culpable, aunque no lo hubiésemos creído; pero como es un pobre rústico que no sabe más, ya recordareis lo que pasó; y como

Siento que en lucha interior
Batalla mi pensamiento:
Amor y amor dan tormento
Al rico amor que me abraza,
Amor en amor se basa,
Y hallo, amando sin medida,
Que amor de amor es mi vida
Y es vida mi amor sin tasa.

II.

En vano con frenesí
Le pregunto al pecho mío
Cuál amor es de más brio,
De los dos que siento en mí;
Pues ninguno es baladí,
Ni es menos fuerte ninguno,
A mi razón no importuno
Cuando me afano en saber
Si aliento un doble querer
O no aliento más que uno.

III.

Amo la airosa escultura
De una blanquísima frente,
Y amo el agua trasparente
Que retrata su blancura;
Nírea fuente y agua pura
Me brindan en confusión,
Y en la sed de mi ilusión
Encuentro ¡prodigio raro!
Que de las dos gusto avaro
Porque las dos una son.

IV.

Amo un fragante rosal
Que ostenta botón lucido,
Y en uno y otro esculpido
Hallo mi dulce ideal;
Flor y planta, por igual,
Núcleos son de propia esencia,
Y en mi amorosa demencia
No sé distinguir sincero
Si es la planta por quien muero
O si es la flor mi existencia;

V.

Amo un són que me extasia,
Y un eco que imita á aquel,
Y eco y són á igual nivel

Alzan mi amante alegría;
Pero en su dulce armonía
Tan rivales siempre son,
Que en creciente indecision,
Sin tino, rumbo ni calma.
No acierta á esplicarse el alma
Cuál infunde más pasión.

VI.

En vano con frenesí
Le pregunto al pecho mío,
Cuál amor es de más brio
De los dos que siento en mí;
Jamás confundidas ví
Dos ansias tan preferentes;
Jamás diversas corrientes
De un propio caudal nacidas,
Con impulso igual partidas,
Fueron iguales torrentes.

VII.

Eco, flor y linfa pura
Son mi constante ufanía;
Fuente, rosal y armonía
Cifran mi eterna ventura;
Amor y amor, con locura
Tal mi amor van disputando,
Que amor y amor siempre dando,
Dentro de mí voy sintiendo,
Que antiguo amor va venciendo,
Y amor de amor va triunfando.

VIII.

Lid, por cierto, innatural,
Es esta lid de mi amor;
Siempre un doble vencedor,
Nunca un vencido rival;
Pues amor de igual á igual
Triunfa en amor cual ninguno;
A mi razón no importuno
Cuando me afano en saber
Si aliento un doble querer
O no aliento más que uno.

Marqués de Dos-Hermanas.

El Sr. Nicolás Bernardini, de Secce (Italia) trabaja en este momento en la compilación de un gran *Diccionario especial*, que contendrá la lista de todos los periódicos del mundo, su historia, su biografía la de sus principales colaboradores, cantidad de la tirada, etc.

El se dirige por tanto á todos los periodistas, sin distinción de partido, rogándoles se sirvan mandarle un ejemplar de su periódico (en que aparezca el presente anuncio) y todas las indicaciones que crean útiles, invitándoles á reproducir el presente anuncio.

La dirección del Sr. Nicolás Bernardini, es Via delle Bombarde, 27, Secce (Italia).

El Sr. D. Ignacio García, que vive en Gimileo, provincia de Logroño (España), está trabajando para publicar un Almanaque del Periodista para 1883, que contiene la lista de todos los periódicos, su historia, importancia y la biografía de sus principales redactores.

Suplica, pues, por medio de estos anuncios á todos los periodistas le remitan su periódico y cuantas indicaciones crean útiles á su empresa, invitándoles á reproducir este anuncio.

Dirigirse á D. I. García, en Gimileo, provincia de Logroño (España)

Nota.—Se desean corresponsales para la venta de este Almanaque, y se admiten anuncios á precios convencionales.

ALICANTE.—1882.

Imprenta de Antonio Seva,
Progreso, 5.

—Me alegro — dijo el labriego — pero en medio de todo, Adriana tiene razón, ese zopenco no se portó bien aquella noche, y....
— Vamos, Marcelino — le interrumpió Glotilde — hoy debe ser día de regocijo para todos, y no debéis meteros en ciertas reflexiones.
Momentos despues, el pobre anciano estrechaba en sus brazos á su hija, y no pudo menos que compadecerla al ver lo desmejorada que estaba, pero siempre hermosa.
— Al fin eres buena, y comprendes tus deberes — la dijo.
La jóven hizo un signo afirmativo.
— Gracias á Dios que te ha tocado en el co-

— 180 —
Adriana, del sofoco perdió el habla, nada tenía de particular que le guardase al pobre jóven ese rencor que le demostraba; pero como en este mundo todo tiene fin, hoy ha pasado el ongo de la niña, y ya todo queda arreglado.

— 177 —
sea necesario para curarte; iremos á donde sea menester ir en busca del remedio, y todo lo que tengo daré para tener el placer de oír de nuevo tu dulce voz.

Adriana sonrió. ¡Pobre niña, cómo lloraba en su interior su angustiado corazón!
Nada, nada, Martín — dijo la marquesa — no hay que lloriquear; conforme Adriana, debes prepararlo todo para que cuanto antes se efectúe nuestro enlace. Al efecto diréis á vuestra madre que venga á pedir á Marcelino la mano de su hija.

El mozo se despidió, y ébrio de felicidad salió de la quinta, y se encaminó á su casa, diciendo para sí, — mucho ha padecido la pobre, y el estar muda debe apenarla; pero ella curará, si señor, vaya que sí; ¡no soy rico! el dinero es un gran médico. Pero qué talento el de esa marquesa! y lo admiro más al recordar aquella noche en que nos pusimos de acuerdo para llevar á cabo su plan; con qué

— 181 —
razón, y te ha vuelto al camino de la virtud — añadió el campesino.
Adriana palideció. ¡Pobre niña! cuanto padecía por no poder contestar á las alhistras palabras de su padre! — ¿qué adelanto con escribir contestando — pensó — si no me han de creer?
— El día de tu boda, hija mía, será un gran día para mí — dijo el anciano.
— Para todos, Marcelino, para todos — añadió la marquesa radiante de alegría.
Cuando al poco rato despues de esta escena quedó la pobre muda sola en su habitación, el llanto acudió á sus ojos.
— Ni un corazón que me compadeciera — se decía — ni una mirada de consideración hay para mí; todos gozan en mi sacrificio. ¡Ah! si yo tuviese madre, me defendería y compensaría el inmenso dolor que siento; pero soy muy desgraciada, una maldición pesa sobre mí sin duda, como hija del misterio, y debo beber el cáliz de amargura en mis lágrimas,

— 181 —
deseo! tanto como á ti me interesa este solemne acto: no faltaré — dijo Horacio, dirigiendo una dulce mirada hácia la casa do moraba el ángel de sus amores.

— 184 —